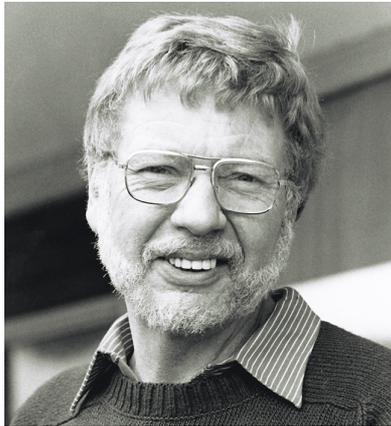


Corazón de silicio

Los melancólicos y chapuceros robots de Walter Tevis vienen a desmontar el mito del perpetuo avance tecnológico

Si bien el nombre de Walter Tevis permanece casi secreto para el gran público, su literatura ha sido amplia y exitosamente divulgada por el cine (*El buscavidas*, *El color del dinero*) y la televisión (*Gambito de dama*). Además, firmó docenas de relatos, que aparecieron en las mejores revistas norteamericanas, y también un par de clásicos indiscutibles de la ciencia ficción dura como *El hombre que vino de las estrellas* y *Sinsonte*, recién publicada por Impedimenta. Una melancólica advertencia sobre las posibilidades y los límites de la inteligencia artificial.

Claro que el tema es recurrente, puede que ya lo fuera en 1980, el año de su publicación. Desde entonces se ha explotado hasta la saciedad, a menudo con el previsible resultado de mecanismos artificiales (replicantes, superordenadores...) levantándose en armas. La humanidad, ya saben, devorada por su propio juguete. O reproducciones tan avanzadas que acabarían experimentando emociones, desarrollando autoconciencia, soñando, efectivamente, con ovejas eléctricas. El punto de partida de *Sinsonte* es, también, reconocible: un atolondrado mun-



La obra de Walter Tevis (1928-1984) ha inspirado varias películas y una serie de televisión

do feliz gobernado por androides.

Robots que se encargan de todas las tareas, desde la producción de bienes de consumo a la organización social o la administración de justicia. También de la 'formación' que los humanos precisan para resultar funcionales. Porque las personas, liberadas de la pesada carga del trabajo, tampoco viven vidas plenas. Más bien languidecen,

químicamente adormecidas, y se arrastran sin demasiado entusiasmo (muchos se suicidan, en ceremonias de inmolación colectiva). El producto de este laboratorio de ingeniería social a gran escala es una humanidad al borde de la extinción y perfectamente sometida mediante programas de condicionamiento extremo.

Es en ese contexto en el que tiene lugar una triple excepcio-

nalidad. Bentley, que afortunadamente ya ha sido encarcelado, ha aprendido a leer por sí mismo, lo cual constituye no tanto un milagro como un delito grave. Además, confiesa haber cohabitado durante semanas con Mary Lou, quien presenta síntomas compatibles con un embarazo a pesar de que debería haber sido esterilizada. El triángulo lo completa Spoforth, un Nivel 9, la máquina más perfecta y de mayor jerarquía jamás creada, que ha empezado a experimentar punzadas de vértigo existencial.

En la novela de Tevis resuenan ecos de la mejor tradición del género, pero su acercamiento es más antropológico y filosófico que estrictamente científico. Desmiente a Arthur C. Clarke y aquello de que "cualquier tecnología lo bastante avanzada es indistinguible de la magia" presentándonos unos robots bastante incapaces y chapuceros, más monstruos de Frankenstein que HAL 9000.

Miguel Artaza

Delitos y faltas

El remordimiento y la culpa sobrevuelan varios de estos relatos, una colección que ningún amante del género se debería perder

No parece casual la frecuencia con la que, en la obra de Bernhard Schlink, se hace hincapié en la carga psicológica que acarrea el remordimiento, el sentimiento de culpa o la ocultación de un secreto inconfesable. Lo digo porque además de un escritor enorme, Schlink es juez, y de los gordos. La deformación profesional resulta palpable, por ejemplo, en la naturalidad con la que despacha temas delicados o directamente tabú. Por lo demás, sus tramas aparecen teñidas de cierto fatalismo, con personajes como esos Raskólnikov modernos de Woody Allen, tipos muy normales que en algún momento de sus vidas fueron culpables de algo. Traiciones, mezquindades, bajezas, comportamientos inmorales, a veces cosas peores.

Los nueve relatos —sombrios, tristes, estupendos— recopilados en *Los colores del adiós* (Anagrama) se construyen a partir de capas superpuestas, como las de una cebolla. Historias que crecen y se expanden y parecen remolonear, abriendo varias posi-



Conocido por sus novelas policíacas, Schlink suele combinar su pasión por el Derecho con la exploración del pasado

bilidades, para acabar descendiendo al fondo universal de la experiencia, transmitiendo en unas pocas páginas una visión compacta y significativa de una vida. Relatos, en fin, que contienen una cantidad enorme de verdad y conocimiento de la psique y el alma humana.

En uno de los más redondos,

un hombre se resiste a perder el vínculo con su mejor amigo muerto. Ambos tuvieron cargos oficiales en la RDA y vieron truncadas sus prometedoras carreras después de que la Stasi recibiera una denuncia anónima contra uno de ellos. En otro, alguien trata de expiar el pecado de no haber hecho lo necesari-

o para ayudar a una vecina adolescente que acabó asesinada. Un tercero, de resonancias bíblicas, explora la perplejidad de un hombre que, víctima de sucesivos engaños y subterfugios, acaba engendrando un hijo con su propia hija.

Los hay sobre reencuentros inesperados, con personas que una vez lo fueron todo hasta que dejaron de serlo y que nos devuelven el recuerdo de la peor versión de nosotros mismos. Pero, como se anuncia desde el título, lo que en general encontramos son despedidas. A veces definitivas. En algunos casos se podría hablar incluso de historias de fantasmas, entendidos no como espectros amenazantes sino como la inextinguible presencia que algunas personas fundamentales mantienen, incluso *post mortem*, en nuestras vidas.

M. A.

Justificante

No es infrecuente que los textos de quienes incurren en la autoficción incorporen enormes parcelas de información sobre su propia génesis o proceso creativo. O sea, libros sobre cómo se escribieron esos mismos libros. Un ardid que no es exactamente nuevo pero que, bien ejecutado como en este caso, puede devenir en vistoso juego de espejos. Se podría pensar, con todo, que lo que esos autores buscan, y casi necesitan, es justificarse.

Esa es un poco la paradoja que explota de manera brillante Juan Pablo Villalobos en su última novela, *Peluquería y letras* (Anagrama). Una entretenida parodia meta narrativa salpicada de elementos auto referenciales, que explica y a la vez subvierte casi todas las convenciones que intervienen en la escritura de ficción. Una inteligente, festiva y nada solemne vuelta de tuerca a la tan tráfada y llevada literatura del yo: "Voy a escribir de nosotros porque en el fondo no voy a estar hablando de nosotros, sino de algo más (...)" En la literatura siempre es así, escribimos de una cosa aunque en realidad estás hablando de otra".



El narrador parece movido por un espíritu kamikaze que lo empuja a romper la cuarta pared, desmascarar sus manipulaciones, explicar el truco mientras lo ejecuta, como esos ilusionistas aguafiestas. Pero no teman, Villalobos tiene más trampas que una película de chinos y esconde varios ases en la manga. El reto es construir una novela imposible, sin historia ni arco argumental, sobre un escritor (él) que en general es bastante buen tipo y lleva una existencia placida y enviablemente feliz.

Y eso, claro, es un problema. La tesis de Villalobos es que la felicidad es escasamente literaturizable, que una buena historia necesita conflicto, tensión, movimiento, superación de obstáculos... Como no puede escribir "sumido en ese sopor", se ve obligado a forzar un poco la máquina y agarrarse a un episodio rutinario y banal, un trámite burocrático, como absurdo desencadenante —alehop— de algo más serio y peor.